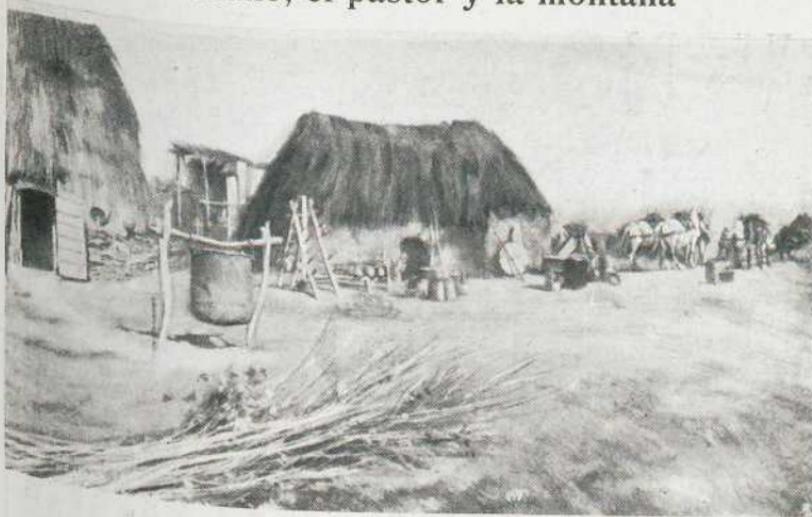


El rebaño, el pastor y la montaña



La cabaña

En mayo del año pasado encontrábame en una aldea de los Abruzos, aldea pequeña y solitaria, al margen de uno de aquellos caminos cubiertos de pasto que se llaman caminos de ganado y sirven para pasar de los pastos de las Apúlia a los de los Abruzos, durante las periódicas emigraciones de rebaños. Era justamente la época en que la hierba de Tavoliere se seca bajo los ardientes rayos solares, mientras reverdecen los prados de la Majella al soplo de los vientos templados. Y como ya estaba el verano encima, esperaba con impaciencia la llegada de los primeros rebaños, deseando asistir a aquel nuevo espectáculo.

Un día, un aldeano que trabajaba bajo

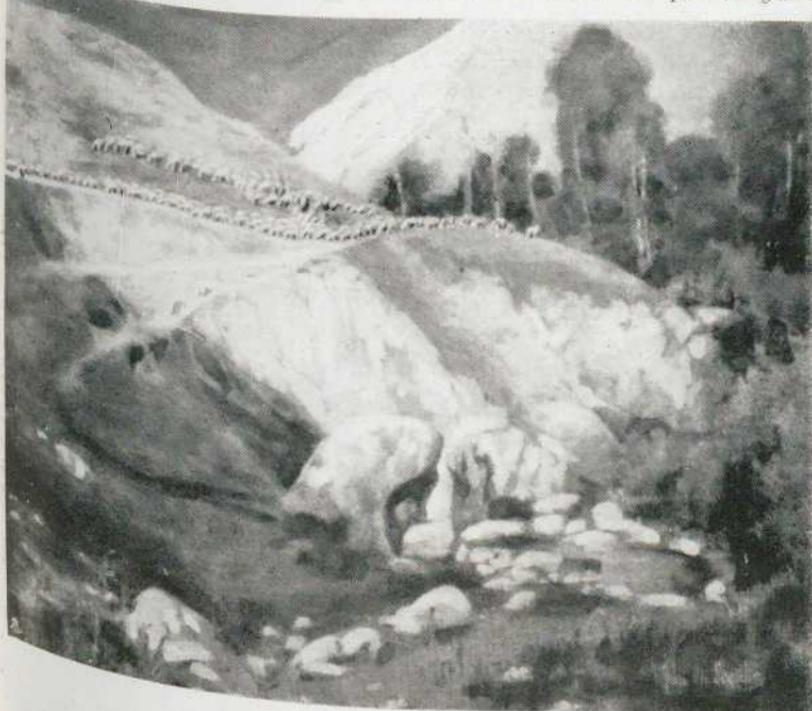
mi balcón me llamó y, señalándome un grupo de mulas y de hombres parados en la puerta de la hostería, me dijo:

—Ya llega la majada.

Busqué con la vista la larga fila de ovejas; pero no divisé á lo largo del camino más seres vivientes que los hombres y las mulas ya indicados.

El trabajador, sonriendo al ver mi gesto de desengaño, dijo:

—No. Las ovejas no llegan todavía pero, en cuanto se presentan los zagalas, la hacienda no está muy lejos. Las mulas que vienen deante llevan las redes, las provisiones, las carpas, las cuerdas, los calderos y todo lo necesario para arreglar el



En marcha